

Homenaje a Alejandro Cañada Valle (Oliete)



Alejandro Cañada Valle: pintura y magisterio

M.^a Isabel Sepúlveda Sauras

Fotos: JAP

En el ya amplio panorama de artistas que la provincia de Teruel ha ofrecido a las esferas de la Pintura, la Escultura o el Cine, por citar sólo algunos ámbitos de renombre internacional, pocos brillan con una luz tan especial como el que ahora ocupa las páginas de este artículo: el pintor Alejandro Cañada Valle, en cuya personalidad se aúnan y solapan, de manera inseparable, una fecunda actividad creativa con una apasionada dedicación a la pedagogía artística. Caminos vitales y profesionales que han dado como resultado una fecunda producción pictórica y un impecable legado artístico.

Trayectoria vital y artística

Alejandro Cañada Valle nació en Oliete (Teruel) el 9 de septiembre de 1908, siendo el tercer hijo del matrimonio formado por Vicente Cañada y Adelaida Valle. Su infancia transcurrió en esta localidad turolense, donde, además de ayudar a su padre en el comercio que tenían en su casa, pronto comenzó a familiarizarse con el mundo de las artes. Primero con la música, ya que su madre era una notable pianista que inició a sus hijos en su estudio, hasta el punto de que el joven Alejandro llegó a ser organista de la iglesia de su localidad natal. Y luego, con el dibujo y la pintura, ya que fue allí donde empezó a dibujar bajo la influencia de su primo Manolo, el notable grabador Manuel Lahoz Valle, y de su hermano, Enrique Cañada, que era pintor aficionado y que le animó y apoyó en el uso de los colores en sus comienzos. Sin embargo, sería el gran maestro Joaquín Mir quien, después de ver unas pinturas que le había llevado un tío de Alejandro, descubrió realmente las cualidades del futuro pintor, recomendándole para que recibiera una sólida formación académica.

Esta oportunidad le vino de la mano de la Diputación Provincial de Teruel, que le concedió una pensión que le permitió estudiar, desde 1929 a 1935, en la Escuela Superior de Pintura, Escultura y Grabado de Madrid, donde contó con el magisterio de figuras tan relevantes como los luministas valencianos Cecilio Pla y Gallardo o Manuel Benedito Vives. Sabemos, según sus propios recuerdos, que en 1936 se preparó a fondo y se presentó a unas oposiciones de Catedrático de Instituto y, a pesar de que aprobó los ejercicios y obtuvo plaza, la guerra civil paralizó el proceso administrativo. De

manera que regresó a su pueblo natal, Oliete, y allí se dedicó a ejercer de maestro en las escuelas del pueblo situadas en la calle del Progreso y a desarrollar, pese a la complicada situación del país, su trabajo como pintor. Tras el paréntesis del conflicto, en 1940 contrajo matrimonio con María Ángeles Peña y ambos fijaron su residencia en Zaragoza, donde a partir de entonces compaginó el desempeño de diversos puestos docentes -Colegio de la Sagrada Familia, Maristas y Jesuitas- con el cargo de restaurador del Museo Provincial de Bellas Artes, a la vez que daba comienzo una de las trayectorias artísticas más intensas y largas del arte contemporáneo en Aragón.

En 1946, Alejandro Cañada vio cumplido un viejo sueño con la apertura en su domicilio particular (calle de Zurita, n.º 17) del que fue su primer estudio para la enseñanza del dibujo y la pintura. A partir de entonces y durante medio siglo el pintor ejerció un entregado magisterio, formando a numerosos artistas aragoneses y preparando con esmero a los alumnos que deseaban ingresar en las Escuelas de Bellas Artes o de Arquitectura de fuera de nuestra ciudad. Esta actividad docente -como él mismo señalaba- le permitió, a diferencia de las clases que impartía en los colegios, atender a sus alumnos por la tarde y tener las mañanas libres para poder pintar, compaginando así su producción artística personal con los



El alcalde de Oliete, Pedro Millán, presentando el acto.



Profeta en su tierra

Alejandro Cañada mantuvo a lo largo de toda su vida su vínculo, su unión umbilical, con la tierra que le vio nacer. La infancia y primera juventud transcurrieron, como hemos señalado, en su pueblo, Oliete, ubicado en la vega del río Martín, a 121 km de la capital, donde el pintor vivió feliz con sus padres y hermanos, y descubrió su vocación por la pintura, tal vez al recibir en su retina el impacto de la ruda belleza paisajística del entorno, donde se alzaban majestuosos los cerros, cargados de historia, entre páramos, carbón y pastizales.

Dentro de su producción como muralista, en la que desde 1946 iba recibiendo encargos para diferentes localidades, Cañada deseó regalar en 1958, para la iglesia parroquial de N.ª S.ª de la Asunción de Oliete, una interesante composición de quince metros cuadrados en la que representó a una humilde familia trabajadora arropada por unas rocas de color negruzco, como el carbón, sobre las que se proyecta una imagen alargada y ascensional de la Virgen, de un blanco inmaculado.

Las vacaciones en Oliete eran siempre para nuestro artista fuente de inspiración y creatividad, especialmente para sus cuadros petrificados, de hecho, en uno de sus propios textos relata esas excursiones que realizaba por la vega del río, en busca de alguna piedra que le sugiriese "algo diferente", sensaciones y sentimientos que luego proyectaba en sus pinturas, como había hecho desde su juventud.

Todavía hoy, los veranos en Oliete siguen siendo entrañables para sus hijos, que continúan disfrutando, ya no de la casa familiar, que fue vendida por el pintor para costear dos altares en la iglesia parroquial, donde figuran sendos cuadros de sus dos hijas pintoras, Nati y M.ª Ángeles, sino de una nueva residencia ubicada en el antiguo molino de la localidad, donde todos comparten esa tierra que les une en el recuerdo de sus padres.



Caballero, pinceles y pintor de A. Cañada en la exposición.



La familia del pintor.

encargos que iban viniendo, especialmente murales, y su labor como pintor restaurador.

El fruto de este trabajo artístico se ha proyectado a lo largo de su vida en un buen número de exposiciones individuales y colectivas, al mismo tiempo que ha sido distinguido con las medallas y premios más relevantes de Aragón. Así, por ejemplo, en 1964 fue nombrado Académico de Número de la Real Academia de Bellas Artes de San Luis; en 1983, el Ayuntamiento de Zaragoza le nombró Hijo Adoptivo de la Ciudad; en 1988 se le otorgó el Premio Aragón a las Artes en el transcurso de un solemne acto institucional; en 1989, la Diputación de Zaragoza organizó un homenaje a su figura y a su obra; en 1995, la ciudad de Teruel le otorgó la Medalla de Oro de los Amantes, y la Diputación turoles le entregó la Cruz de San Jorge. Y, como broche final a su extensa carrera, el Gobierno de Aragón le concedió en 1999 el premio "Aragón-Goya" en la modalidad de Pintura, con el que se reconocía expresamente la influencia de Alejandro Cañada en la formación de numerosas generaciones de artistas y se valoraba su extensa obra pictórica. Una larga vida dedicada con la máxima generosidad y vocación a las artes, que llegó a su fin el 13 de septiembre de 1999, cuando el pintor moría en Zaragoza a la edad de 91 años.

Su producción artística abarca diversos géneros y técnicas, fruto de la curiosidad e interés que Cañada sentía por la investigación y la evolución constante de su estilo. Pintor y escultor, notable grabador al aguafuerte, dominó sin secretos el dibujo clásico y la técnica del óleo, que aplicó con sabiduría a numerosos cuadros de variada temática, aunque siempre mantuvo una preferencia hacia el género del retrato, en el que supo plasmar con esmero a sus seres más queridos del entorno familiar.

Dentro de su amplia evolución estética, resulta imprescindible señalar en los años cincuenta la tendencia cada vez más intensa hacia la estructuración geométrica y el uso progresivo de la espátula, una técnica con la que ensaya calidades y texturas, que deriva hacia 1965 en unas de las etapas más definidas y sólidas de su trayectoria, caracterizada por el empleo obsesivo de un elemento iconográfico muy personal y de gran fuerza expresiva: las rocas, que, o bien de manera natural, o bien formando parte estructural

de las composiciones e imágenes, iban a ser una constante en la obra de Cañada.

Por otro lado, a partir de 1946 Cañada dedicó varias décadas de su vida a la pintura mural de temática principalmente religiosa, con la que, sin perder de vista la grandeza de las obras clásicas, se apartó de la estrechez de la pintura de caballete reivindicando los amplios espacios de muros de capillas e iglesias como las de Maella, Oliete, Urrea de Gaén, Burbáguena y otras. Sin olvidarnos de la que ejecutó en 1950 para el vestíbulo de la nueva estación terminal del aeropuerto de Sanjurjo de Zaragoza con el tema de *Los cuatro elementos* a la aviación. Hombre de profundas convicciones religiosas, podemos apuntar que sus conjuntos murales se encuentran casi siempre al servicio de la función religiosa para la que fueron creados. El deseo, además, de que las iconografías fueran fácilmente identificadas por el espectador, hizo que Cañada utilizara en todos sus murales un estilo directo y simplificado, para lo que recurrió al empleo de figuras descarnadas de gran envergadura y potente monumentalidad, organizadas en composiciones muy cinematográficas, a base de picados y contrapicados, y envueltas, en ocasiones, en un mundo rupestre. Además, en pro de la simplicidad y esquematismo, sacrificó sus amplios registros cromáticos por una paleta reducida a base de tonos terrosos y fríos, que contribuyen a dotar de mayor monumentalidad y potencia plástica a los conjuntos.

Por otra parte, la idea siempre recurrente de la escultopintura está presente en la serie denominada *Cuadros-Joya*, donde le asaltó la idea de sustituir el dibujo del medallón por una joya auténtica diseñada por el propio artista en ricos materiales: oro, plata, perlas, esmalte, marfil, cobre, madera, etc. Para este propósito recurrió a personajes situados en diferentes épocas y culturas de la historia de la humanidad y cuyo resultado plástico es evidentemente decorativo. Algo que no sucede con la serie denominada *Maderas Arañadas*, en la que supo explotar las posibilidades expresivas de este material, obteniendo diferentes texturas y calidades mediante procedimientos como el raspado o la fragmentación, y cuyo resultado plástico es plenamente abstracto en piezas como *La Fragua*, de excepcional calidad.

Pertenciente a ese exclusivo grupo de artistas que sí han sido profetas en su propia tierra, Alejandro Cañada recibió en vida el reconocimiento a su trayectoria profesional tanto en Oliete como en Teruel capital. Así, el 1 de julio de 1984, la villa de Oliete organizó una gran fiesta para homenajear a su Hijo Predilecto Alejandro Cañada Valle e inauguró en su honor una plaza urbanizada a tal efecto que lleva su nombre, causando un gran revuelo popular. Por su parte, en 1995 la ciudad de Teruel le otorgó la Medalla de Oro de los Amantes y la Diputación Provincial de Teruel, el galardón de la Cruz de San Jorge. Máximos distintivos que se completaron ese mismo año con una magna exposición patrocinada por la Diputación turolense, el Gobierno de Aragón y el Ayuntamiento de Zaragoza, que conmemoraba el cincuenta aniversario de la apertura del primer Estudio Cañada, en la que se recopiló lo más representativo de su producción comprendida entre 1931 y 1992.

El último eslabón de esta cadena de reconocimientos lo constituye la jornada cultural que se celebró el pasado 13 de septiembre de 2008 en Oliete, organizada por el alcalde de la localidad, Pedro Millán. En ella, con motivo del aniversario de la muerte del pintor se presentó una publicación de M.^a Isabel Sepúlveda, bajo el título *Alejandro Cañada: pintor y maestro de una época*, que ha sido patrocinada por ADIBAMA (la Asociación para el Desarrollo Integral del Bajo Martín y Andorra-Sierra de Arcos). Un texto que forma tríada, dentro de un atractivo formato de caja diseñado por Beatriz Lucea, con otros dos dedicados al escultor Pablo Serrano y al pintor Juan José Gárate, y cuyo objetivo prioritario es difundir de una manera sencilla, rigurosa, elegante y moderna la obra de tres artistas que nacieron en estas comarcas turolenses, pero cuya obra adquiere vocación universal, y, sobre todo, acercar y dar a conocer estas figuras a las jóvenes generaciones de la comarca, integrándolas en su conocimiento del entorno, a la vez que se proyectan hacia el exterior como un referente patrimonial y cultural de esta tierra. Este acto se completó con una excelente exposición organizada por los hijos del pintor y celebrada en el marco excepcional de la Sala de Exposiciones del Matadero, y la presentación, por parte de Alejandro Abadía, presidente del Grupo Filatélico del CIT de Samper de Calanda, de un sello, sobre y matasellos dedicado a Alejandro Cañada. Un cálido y merecido homenaje, que permitirá recordar y mantener viva la herencia artística de una de las figuras más destacadas del panorama artístico contemporáneo de Aragón.



Alejandro Cañada hijo en su intervención.



Retrato de Alejandro Cañada por su hija M.^a Ángeles y sello conmemoración.



Nota biográfica

María Isabel Sepúlveda Sauras es profesora de Enseñanza Secundaria (1984) y doctora en Historia del Arte por la Universidad de Zaragoza (2002). Es autora de diversas publicaciones sobre arte aragonés, entre las que destacan los libros: *Guía histórico-artística de la Aljafería* (1986), *La Villa de Bolea* (2001), *La Institución "Fernando el Católico" y la actividad artística en Zaragoza (1947-1961)* (2002), y *Tradición y modernidad: Arte en Zaragoza en la década de los años cincuenta* (2005). Ha presentado también ponencias, comunicaciones y artículos a diversos congresos y revistas especializadas.